



VIII.- INSTRUCCION

Aunque ya hemos dicho en la última instrucción que debíamos acallar todo atractivo natural, voy a detenerme a esa frase de nuestra Regla: “Que todo afecto particular desaparezca...”

Si, hermanas, por duro que eso nos aparezca, sin embargo es necesario confesar de una vez para siempre que el objetivo de esos pequeños atractivos naturales y particulares no es nunca otra cosa que el querido yo. Pero ¿estáis confirmadas, diríais, por el ejemplo del mismo Nuestro Señor? Sin duda, pero si la pureza, el amor tierno, habían hecho de san Juan, el discípulo Amado del Salvador, ¿creéis que porque él era el discípulo que Nuestro Señor amaba, tuvo necesidad de estar siempre con el divino Maestro, de hablarle a solas? ¿Le impedía de ser todo para todos, al más miserable pecador lo mismo que a los que le eran más agradables? De otra manera, ¿hubiera podido Nuestro Señor fundar una sociedad cuyo objetivo fuese procurar la gloria de Dios y la salvación del prójimo?

No creáis, por el contrario, que se daba más a aquellos por los que tenía mayor preferencia, se daba después todo a todos, como por ejemplo, santa Catalina de Siena. Después que vivió durante tres años en la soledad y el silencio, absorta en Dios, llena de sus favores, Nuestro Señor le ordenó que fuera al mundo. Como ella lloraba mucho y le costaba dejar su retiro, comprendió que Nuestro Señor no estaría satisfecho hasta que hubiese contribuido a la salvación de las almas. Es así como debe ser para nosotras.

Si una superiora, una maestra de novicias, tiene alguna preferencia, debe servirse de este sentimiento para inspirar a sus hijas más generosidad y amor al sacrificio. Si amáis a una hermana más que a otra reconocerán fácilmente si ese amor viene del amor propio o si tiene su fuente en Dios, cuando después de haber pasado algunas horas con ella, os sentís inflamadas por el servicio de Nuestro Señor, dispuestas a desprenderse de todo, incluso de esa misma persona para ir a misiones, más dispuesta a vencerse, etc.

Y ese debe ser el fruto de la unión de una comunidad, pues se ve que en todas las órdenes donde se introduce la división, hay menos poder para hacer el bien, menos espíritu de sacrificio. Y eso se comprende, buscando cada uno su propio gusto, su propio interés.

Creo haberos señalado ya algunas faltas que se pueden hacer contra la caridad. La murmuración es lo más grave y desgraciadamente es en lo que se cae con bastante frecuencia. Todas esas pequeñas quejas que uno hace contra las hermanas, sin detenerse mucho, es verdad, son sin embargo murmuraciones: “la hermana tal nunca es exacta para el Oficio, no se puede contar con ella; esta siempre tan ocupada que uno no puede pedirle un servicio, etc”. En lugar de hacer estas confidencias caritativamente de una a otra, por qué no dirigirse a la superiora que puede o excusar a la hermana o corregirla. O todavía más, después de haber pedido el permiso requerido a la superiora para advertir a la hermana, ¿por qué no ponerse de rodillas, sea en el comedor sea en la obediencia, y advertirle de su falta en la caridad de Jesucristo?

¡Ah!, es que no es agradable hacer las advertencias, ¡uno prefería ser advertida cian veces antes que hacer una advertencia a otra y entonces se falta a la caridad! Sin embargo, sería

necesario saber dar esta prueba de afecto a nuestras hermanas. A propósito de que deberíamos excusar siempre al prójimo, me acuerdo de esta historia de una santa del mundo, delante la cual uno no se atrevía pronunciar la menor palabra contra la caridad. Un día sin embargo, uno se aventuró a hablar mal del diablo, diciendo que tenía lo que merecía, metiendo sobre él todo el mal que se comete, etc... ¿Qué creéis que dijo? “Ah, no es ya bastante desgraciado el pobre diablo, para que hablen mal de él”

Hay una niña en clase que podría citar como un ejemplo en lo que se refiere a la caridad. Es servicial, de una generosidad natural, ciertamente, pero ¿han visto alguna vez a Cécile Franchome¹ murmurar, quejarse de alguien, criticar a sus maestras? No, ella ve bien todo, toma todo por el lado bueno, se diría que vive con los Ángeles. Si ese natural feliz no se da, se puede adquirir por la costumbre de vencerse, de no dar curso a ese fondo de malicia que nos lleva a ver la paja en el ojo de nuestro hermano. Ya sabéis que la costumbre es una segunda naturaleza.

Nos aplicaremos todas a una virtud en particular, ya sea la obediencia, la exactitud, o el silencio.

Desearía que la virtud de las hijas de la Asunción fuese por encima de todo la caridad: la caridad que es Dios. “Deus charitas est” Y que hacía decir al apóstol san Juan: “Hemos nacido de Dios...” “Quien ama ha nacido de Dios”²

¹ Cécile Franchome llegó al internado de Chaillot a la edad de 13 años en noviembre de 1852. Ella se quedará hasta julio de 1854.

² 1 Jn. 4,6 y 7